anton chejov

Que un escritor intente en sus libros hacer filosofía es tan ridículo como que un lego quiera ejercer la medicina; si la tarea de un escritor reside en mostrarle al público el camino al paraíso –al fondo a la derecha, segunda puerta–, entonces una generosa dosis de borgoña sirve para quitarle las manchas a un mantel blanco. Son opiniones de Anton Chejov, que como médico y escritor –y persona que manchó más de un mantel con vino– sabía de lo que hablaba.

Chejov, hijo de un tendero y ex siervo, nació en Taganrog (sur de Rusia), en 1860, y murió de tuberculosis en un cuarto de hotel de Badenweiler en 1904. Una de sus muchas amantes, Natalia Golden, le escribió en 1885 que "tienes sólo dos problemas, tu tendencia a enamorarte y tu tendencia a escupir sangre. La primera no es seria, la segunda sí". A riesgo de contradecir a la señora o señorita Golden, sin embargo, se puede conjeturar que Chejov estaba resignado a la segunda y sufrió en cambio horrores con la primera. Unicamente alguien seguro de que la enfermedad es menos cruel que las relaciones humanas puede haberse abstenido de la queja autobiográfica en textos como "La dama del perrito" (1899), "Estepa" (1888) o "El pabellón Nº 6" (1892). Corre el rumor de que Chejov fue sobre todo un dramaturgo, pero sus devotos seguidores John Cheever, Raymond Carver y Katherine Mansfield sugieren que su talento era el de un cuentista. Habría que saber ruso para llegar a una decisión al respecto, o como mínimo tener la oportunidad de asistir a una puesta de *El jardín de los cerezos* (1904) sin gritones actores argentinos. ■



Por Anton Chejov

historia de un contrabajo

Procedente de la ciudad, dirigíase el músico Smichkov a la casa de campo del prnícipe Bibulov, en la que, con motivo de una petición de mano, había de tener lugar una fiesta con música y baile. Sobre su espalda descansaba un enorme contrabajo metido en una funda de cuero. Smichkov caminaba por la orilla del río, que dejaba fluir sus frescas aguas, si no majestuosamente, al menos de un modo suficientemente poético.

"¿Y si me bañara?", pensó.

Sin detenerse a considerarlo mucho, se desnudó y sumergió su cuerpo en la fresca corriente. La tarde era espléndida, y el alma poética de Smichkov comenzó a sentirse en consonancia con la armonía que le rodeaba. ¡Qué dulce sentimiento no invadiría por lo tanto su alma al descubrir (después de dar unas cuantas brazadas hacia un lado) a una linda muchacha que pescaba sentada sobre la orilla cortada a pico! El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos... Recuerdos de la niñez..., tristezas del pasado... y amor naciente... ¡Dios mío!... ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar!... Habiendo perdido la fe en la Humanidad (su amada mujer habíase fugado con su amigo el fagot Sobakin), en su pecho había quedado un vacío que le había convertido en un misántropo.

"¿Qué es la vida? –se preguntaba con frecuencia–. ¿Para qué vivimos?... ¡La vida es un mito, un ensueño, una prestidigitación!..."

Detenido ante la dormida beldad (no era difícil ver que estaba dormida), de pronto e involuntariamente, sintió en su pecho algo semejante al amor. Largo rato permaneció ante ella devorándola con los ojos.

"¡Basta! –pensó exhalando un profundo suspiro–. ¡Adiós, maravillosa aparición! ¡Llegó la hora de partir para el baile de su excelencia!"

Después de contemplarla una vez más y cuando se disponía a volver nadando, por su cabeza pasó rauda una idea.

"He de dejarle algo en recuerdo mío –pensó–. Dejaré algo prendido en su caña de pescar. ¡Será una sorpresa que le envía un desconocido!"

Smichkov nadó suavemente hacia la orilla, cortó un gran ramo de flores silvestres y acuáticas y, después de atarlo con un junco, lo enganchó a la caña. El ramo se hundió hasta el fondo, pero arrastró consigo el lindo flotador.

El buen sentido, las leyes de la naturaleza y la posición social de mi héroe exigirían que esta novela acabara en este preciso punto; pero, ¡ay!... el designio del autor es irreductible... Por causas que no dependen de él, la novela no terminó con la ofrenda del ramo de flores. Pese a la sensatez de su juicio y a la naturaleza de las cosas, el humilde contrabajo estaba llamado a representar un papel importante en la vida de la noble y rica beldad. Al acercarse nadando a la orilla, Smichkov quedó asombrado de no ver sus prendas de vestir. Se las habían robado. Unos malhechores desconocidos lo habían despojado de todo mientras él contemplaba a la beldad, dejándole sólo el contrabajo y la chistera.

–¡Maldición! –exclamó Smichkov–. ¡Oh gentes engendradas por la malicia! ¡No me indigna tanto la pérdida de mi vestimenta, ya que la vestimenta es vanidad, como el verme obligado a ir desnudo, atacando con ello la decencia pública!

Y sentándose sobr el estuche del contrabajo se puso a buscar una solución a su terrible situación.

"¡No puedo presentarme desnudo en casa del príncipe Bibulov –pensaba–. ¡Habrá damas! Y, además, los ladrones, al robarme los pantalones, se llevaron al mismo tiempo la colofonia que tenía en el bolsillo!"

Meditó tan largo rato que llegó a sentir dolor en las sienes.

"¡Ah!... –se acordó de pronto–. No lejos de la orilla, entre los arbustos, hay un puentecillo... Puedo meterme debajo de él hasta que anochezca, y cuando sea de noche, en la oscuridad, me deslizaré hasta la primera *isba**."

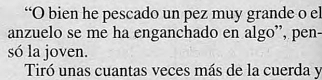
Con este pensamiento, Smichkov se caló la chistera, cargó el contrabajo sobre su espalda y se dirigió con paso vacilante hacia los arbustos. Desnudo y con aquel instrumento musical sobre la espalda, recordaba a cierto antiguo y mitológico semidiós.

Y ahora, lector mío, mientras mi héroe está sentado bajo el puente, lleno de tristeza, volvamos a la joven pescadora. ¿Qué había sido de ésta?

Al despertarse la beldad y no ver en el agua su flotador, se apresuró a tirar del sedal. Este se atirantó, pero ni el anzuelo ni el flotador salieron a la superficie. Sin duda, el ramo de Smichkov, al llenarse de agua, se había hecho pesado.



El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos... Recuerdos de la niñez..., tristezas del pasado... y amor naciente... ¡Dios mío!... ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar!...



"O bien he pescado un pez muy grande o el anzuelo se me ha enganchado en algo", pensó la joven.

Tiró unas cuantas veces más de la cuerda y al fin decidió que el anzuelo se había efectivamente enganchado en algo.

"¡Qué lástima! –pensó–. ¡Se pesca tan bien al anochecer!... ¿Qué haré?"

La extravagante joven, sin pensarlo mucho, se quitó la ligera ropa y sumergió el maravilloso cuerpo en el agua hasta la altura de los marmóreos hombros. No era tarea fácil desprender el anzuelo del ramo enredado en el sedal; pero la paciencia y el trabajo dieron su fruto. Poco más o menos un cuarto de hora después la beldad salía resplandeciente del agua, con el anzuelo en la mano.

Un destino funesto la acechaba, sin embargo. Los mismos granujas que robaron la ropa de Smichkov se habían llevado también la suya, dejándole sólo el frasco de los gusanos.

"¿Qué hacer? –lloró la joven–. ¿Será posible que tenga que marchar de este modo?... ¡No! ¡Nunca! ¡Antes la muerte! Esperaré a que oscurezca, y en la sombra me iré a la casa de la tía Agafia, desde donde mandaré a la mía por un vestido... Mientras tanto, me esconderé debajo del puentecillo..."

Y mi heroína, escogiendo aquellos sitios por donde la hierba era más alta y agachándose, se dirigió corriendo al puentecillo. Al deslizarse bajo éste y ver allí a un hombre desnudo, con artística melena y velludo pecho, la joven lanzó un grito y perdió el conocimiento.

Smichkov también se asustó. Primeramente tomó a la joven por una ondina.

"¿Es tal vez una sirena venida para seducirme? –pensó, suposición que le halagó, pues siempre había tenido una alta opinión de su exterior–. Mas si no es una sirena, sino un ser humano, ¿cómo explicarse esta extraña metamorfosis?"

–¿Por qué está aquí, debajo de este puente? ¿Qué le sucede? –preguntó a la joven.

Mientras buscaba una respuesta a estas preguntas, la beldad recobró el sentido. –¡No me mate! –dijo en voz baja–. Soy la princesa Bibulov. ¡Se lo ruego! Le recompensarán con largueza. Estuve dentro del agua desenganchando mi anzuelo y unos ladrones me robaron el vestido nuevo, los zapatos y las demás ropas.

Por Anton Chejov

historia de un contrabajo

Procedente de la ciudad, dirigíase el músico Smichkov a la casa de campo del prnícipe Bibulov, en la que, con motivo de una petición de mano, había de tener lugar una fiesta con música y baile. Sobre su espalda descansaba un enorme contrabajo metido en una funda de cuero. Smichkov caminaba por la orilla del río, que dejaba fluir sus frescas aguas, si no majestuosamente, al menos de un modo suficientemente poético.

"¿Y si me bañara?", pensó.

Sin detenerse a considerarlo mucho, se desnudó y sumergió su cuerpo en la fresca corriente. *La tarde era espléndida, y el alma po*ética de Smichkov comenzó a sentirse en consonancia con la armonía que le rodeaba. ¡Qué dulce sentimiento no invadiría por lo tanto su alma al descubrir (después de dar unas cuantas brazadas hacia un lado) a una linda muchacha que pescaba sentada sobre la orilla cortada a pico! El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos... Recuerdos de la niñez..., tristezas del pasado... y amor naciente... ¡Dios mío!... ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar!... Habiendo perdido la fe en la Humanidad (su amada mujer habíase fugado con su amigo el fagot Sobakin), en su pecho había quedado un vacío que le había convertido en un misántropo.

"¿Qué es la vida? –se preguntaba con frecuencia–. ¿Para qué vivimos?... ¡La vida es un mito, un ensueño, una prestidigitación!..."

Detenido ante la dormida beldad (no era difícil ver que estaba dormida), de pronto e involuntariamente, sintió en su pecho algo semejante al amor. Largo rato permaneció ante ella devorándola con los ojos.

"¡Basta! –pensó exhalando un profundo suspiro–. ¡Adiós, maravillosa aparición! ¡Llegó la hora de partir para el baile de su excelencia!"

Después de contemplarla una vez más y cuando se disponía a volver nadando, por su cabeza pasó rauda una idea.

"He de dejarle algo en recuerdo mío –pensó–. Dejaré algo prendido en su caña de pescar. ¡Será una sorpresa que le envía un desconocido!"

Smichkov nadó suavemente hacia la orilla, cortó un gran ramo de flores silvestres y acuáticas y, después de atarlo con un junco, lo enganchó a la caña. El ramo se hundió hasta el fondo, pero arrastró consigo el lindo flotador.

El buen sentido, las leyes de la naturaleza y la posición social de mi héroe exigirían que esta novela acabara en este preciso punto; pero, ¡ay!... el designio del autor es irreductible... Por causas que no dependen de él, la novela no terminó con la ofrenda del ramo de flores. Pese a la sensatez de su juicio y a la naturaleza de las cosas, el humilde contrabajo estaba llamado a representar un papel importante en la vida de la noble y rica beldad. Al acercarse nadando a la orilla, Smichkov quedó asombrado de no ver sus prendas de vestir. Se las habían robado. Unos malhechores desconocidos lo habían despojado de todo mientras él contemplaba a la beldad, dejándole sólo el contrabajo y la chistera.

–¡Maldición! –exclamó Smichkov–. ¡Oh gentes engendradas por la malicia! ¡No me indigna tanto la pérdida de mi vestimenta, ya que la vestimenta es vanidad, como el verme obligado a ir desnudo, atacando con ello la decencia pública!

Y *sentándose sobr el estuche del contraba*jo se puso a buscar una solución a su terrible situación.

"¡No puedo presentarme desnudo en casa del príncipe Bibulov –pensaba–. ¡Habrá damas! Y, además, los ladrones, al robarme los pantalones, se llevaron al mismo tiempo la colofonia que tenía en el bolsillo!"

Meditó tan largo rato que llegó a sentir dolor en las sienes.

"¡Ah!... –se acordó de pronto–. No lejos de la orilla, entre los arbustos, hay un puentecillo... Puedo meterme debajo de él hasta que anochezca, y cuando sea de noche, en la oscuridad, me deslizaré hasta la primera *isba**."

Con este pensamiento, Smichkov se caló la chistera, cargó el contrabajo sobre su espalda y se dirigió con paso vacilante hacia los arbustos. Desnudo y con aquel instrumento mu*sical sobre la espalda*, recordaba a cierto antiguo y mitológico semidiós.

Y ahora, lector mío, mientras mi héroe está sentado bajo el puente, lleno de tristeza, volvamos a la joven pescadora. ¿Qué había sido de ésta?

Al despertarse la beldad y no ver en el agua su flotador, se apresuró a tirar del sedal. Este se atirantó, pero ni el anzuelo ni el flotador salieron a la superficie. Sin duda, el ramo de Smichkov, al llenarse de agua, se había hecho pesado.

> **"El músico se sintió de pronto asaltado por un cúmulo de sentimientos diversos... Recuerdos de la niñez..., tristezas del pasado... y amor naciente... ¡Dios mío!... ¡Y pensar que ya no se creía capaz de amar!..."**

"O bien he pescado un pez muy grande o el anzuelo se me ha enganchado en algo", pensó la joven.

Tiró unas cuantas veces más de la cuerda y al fin decidió que el anzuelo se había efectivamente enganchado en algo.

"¡Qué lástima! –pensó–. ¡Se pesca tan bien al anochecer!... ¿Qué haré?"

La extravagante joven, sin pensarlo mucho, se quitó la ligera ropa y sumergió el maravilloso cuerpo en el agua hasta la altura de los marmóreos hombros. No era tarea fácil desprender el anzuelo del ramo enredado en el sedal; pero la paciencia y el trabajo dieron su fruto. Poco más o menos un cuarto de hora después la beldad salía resplandeciente del agua, con el anzuelo en la mano.

Un destino funesto la acechaba, sin embargo. Los mismos granujas que robaron la ropa de Smichkov se habían llevado también la suya, dejándole sólo el frasco de los gusanos.

"¿Qué hacer? –lloró la joven–. ¿Será posi*ble que tenga que marchar de este modo?*... ¡No! ¡Nunca! ¡Antes la muerte! Esperaré a que oscurezca, y en la sombra me iré a la casa de la tía Agafia, desde donde mandaré a la mía por un vestido... Mientras tanto, me esconderé debajo del puentecillo..."

Y mi heroína, escogiendo aquellos sitios por donde la hierba era más alta y agachándose, se dirigió corriendo al puentecillo. Al deslizarse bajo éste y ver allí a un hombre desnudo, con artística melena y velludo pecho, la joven lanzó un grito y perdió el conocimiento.

Smichkov también se asustó. Primeramente tomó a la joven por una ondina.

"¿Es tal vez una sirena venida para seducirme? –pensó, suposición que le halagó, pues siempre había tenido una alta opinión de su exterior–. Mas si no es una sirena, sino un ser humano, ¿cómo explicarse esta extraña metamorfosis?"

–¿Por qué está aquí, debajo de este puente? ¿Qué le sucede? –preguntó a la joven.

Mientras buscaba una respuesta a estas preguntas, la beldad recobró el sentido. –¡No me mate! –dijo en voz baja–. Soy la princesa Bibulov. ¡Se lo ruego! Le recompensarán con largueza. Estuve dentro del agua desenganchando mi anzuelo y unos ladrones me robaron el vestido nuevo, los zapatos y las demás ropas.

Fotografía histórica, año 1899: flanqueado por su mujer, Olga Knipper (derecha), y Konstantin Stanislavsky (derecha), Chejov lee en voz alta *La gaviota* a su elenco.

–Señorita... –dijo Smichkov, con voz suplicante–. A mí también me han robado la ropa, y no sólo eso, sino que, además, al robarme los pantalones, se llevaron la colofonia, que estaba en el bolsillo.

Los contrabajos y los trombones, son, por lo general, gente apocada; pero Smichkov constituía una agradable excepción.

–Señorita –dijo, pasado un lapso–. Veo que la conturba mi aspecto; pero estará usted de acuerdo conmigo en que, por las mismas razones suyas, me es imposible salir de aquí. Escuche, pues, lo que he pensado: ¿Aceptaría usted meterse en la caja de mi contrabajo y cubrirse con la tapa? Esto la escondería a mi vista...

Diciendo esto, Smichkov sacó el contrabajo del estuche. Por un momento le pareció que al ceder éste profanaba el sagrado arte; pero su vacilación no duró largo tiempo. La beldad se metió, encogiéndose, en el estuche, y el músico anudó las correas, celebrando mucho que *la naturaleza le hubiera obsequiado con tanta* inteligencia.

–Ahora, señorita, no me ve usted. Siga ahí echada y quédese tranquila. Cuando oscurezca la llevaré a casa de sus padres. El contrabajo volveré a buscarlo más tarde.

Una vez anochecido, Smichkov se echó al hombro el estuche que contenía a la beldad, y cargado con él se dirigió a la casa de campo de Bibulov. Su plan era el siguiente: pasaría primero por la *isba* más próxima para procurarse ropa y proseguiría después su camino...

"No hay mal que por bien no venga –pensaba mientras levantaba el polvo con sus pies desnudos y se doblaba bajo su carga–. Seguramente, por haber intervenido con tanta eficacia en el destino de la princesa Bibulov, seré generosamente recompensado."

–¿Está usted cómoda, señorita? –preguntaba con el tono de un galante caballero que invita a bailar un *quadrille*–. No se preocupe, tenga la bondad, acomódese en mi estuche como si estuviera en su casa.

De repente, se le antojó al galante Smichkov que delante de él y ocultas en las sombras iban dos figuras humanas. Mirando con más detenimiento, se convenció de que no se trataba de una ilusión óptica. Dos figuras caminaban, *en efecto, delante de él*, llevando unos bultos en la mano.

"¿Serán éstos los ladrones? –pasó por su cabeza–. Parecen llevar algo... Con seguridad, nuestras ropas..."

Y Smichkov, depositando el estuche al borde del camino, salió corriendo en persecución de las figuras.

–¡Alto! –gritaba–. ¡Alto!... ¡Cogedles!

Las figuras volvieron la cabeza, y al notar que las iban persiguiendo echaron a correr... Aún, durante largo rato, escuchó la princesa pasos veloces y el grito de "¡Alto!, ¡alto!..." Por último, todo quedó en silencio.

Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar. Ocurrió, en efecto, que al mismo tiempo y por el mismo camino, se dirigían a la casa de campo de Bibulov los compañeros de Smichkov, el flauta Juchkov y el clarinete Rasmajaikin. Al tropezar con el estuche ambos se miraron asombrados.

–¡El contrabajo! –dijo Juchkov–, ¡Vaya, va*ya!... ¡Pero si es el contrabajo de nuestro* Smichkov! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

–Esto es que a Smichkov le ha ocurrido algo –decidió Rasmajaikin.

–O que se ha emborrachado y le han robado... Sea como sea, no debemos dejar aquí el contrabajo. Nos lo llevaremos.

Juchkov cargó el estuche sobre sus espaldas, y los músicos prosiguieron su camino. –¡Diablos! ¡Lo que pesa! –gruñía el flauta durante el camino–. ¡Por nada del mundo hubiera consentido yo en tocar en este monstruo! ¡Uf!...

Al llegar a la casa de campo del príncipe Bibulov, los músicos dejaron el estuche en el sitio reservado a la orquesta y se fueron al *buffet*.

En aquella hora ya se habían empezado a encender arañas y brazos de luz.

El novio (*el consejero de corte Lakeich*), guapo y simpático funcionario del Servicio de Comunicaciones, con las manos metidas en el bolsillo, conversaba en el centro de la habitación con el conde Schkalikov. Hablaban de música.

–En Nápoles, conde –decía Lakeich–, conocí a un violinista que hacía verdaderos milagros. No lo creerá usted, pero con un contrabajo de lo *más corriente* lograba unos trinos... ¡Algo fantástico!... Tocaba con él los valses de Strauss.

> **"Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar."**

–¡Por Dios! –dudó el conde– ¡Eso es imposible!

–¡Se lo aseguro! ¡Y hasta la rapsodia de Liszt!... Yo vivía en la misma fonda que él, y como no tenía nada que hacer, llegué a aprender en el contrabajo la rapsodia de Liszt.

–¿La rapsodia de Liszt?... ¡Hum!... ¿Está usted bromeando?

–¿No lo cree usted? –rió Lakeich–. Pues se lo voy a demostrar ahora mismo. Vamos a la orquesta.

Y el novio y el conde se dirigieron a la orquesta. Se acercaron al contrabajo, desataron rápidamente las correas y... ¡oh espanto!...

Pero ahora, mientras el lector da libertad a la imaginación y se dibuja el final de aquella discusión musical, volvamos a Smichkov... El pobre músico, no habiendo podido alcanzar a los ladrones, volvió al lugar en que había dejado el estuche; pero ya no estaba allí la preciosa carga. Perdido en suposiciones, pasó y repasó varias veces por aquel paraje, y no encontrando el estuche, decidió que había ido a parar a otro camino.

"¡Esto es terrible! –pensaba mesándose los cabellos y preso de un frío interior–. ¡Se asfixiará dentro del estuche! ¡Soy un asesino!..."

Ya había entrado la medianoche y Smichkov continuaba dando vueltas por el camino, buscando el estuche. Por fin volvió a meterse bajo el puentecillo...

"Seguiré buscando cuando amanezca", decidió.

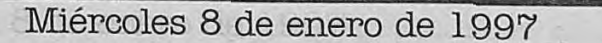
Al amanecer, la búsqueda dio el mismo resultado y Smichkov decidió esperar debajo del puente a que llegara la noche...

"La encontraré –mascullaba, quitándose la chistera y tirándose del pelo–. ¡Aunque tarde un año, la encontraré!..."

Todavía hoy, los campesinos que habitan los lugares descritos cuentan cómo por las *noches, junto al puentecillo, puede verse a* un hombre desnudo, todo cubierto de pelo y tocado con una chistera. Cuentan también que, a veces, debajo del puente, se oyen roncos sonidos de contrabajo.

* Casa de campesinos.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Historia de un contrabajo*, por Antón Chejov. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Norma.



Fotografía histórica, año 1899: flanqueado por su mujer, Olga Knipper (derecha), y Konstantin Stanislavsky (derecha), Chejov lee en voz alta *La gaviota* a su elenco.

–Señorita... –dijo Smichkov, con voz suplicante–. A mí también me han robado la ropa, y no sólo eso, sino que, además, al robarme los pantalones, se llevaron la colofonia, que estaba en el bolsillo.

Los contrabajos y los trombones, son, por lo general, gente apocada; pero Smichkov constituía una agradable excepción.

–Señorita –dijo, pasado un lapso–. Veo que la conturba mi aspecto; pero estará usted de acuerdo conmigo en que, por las mismas razones suyas, me es imposible salir de aquí. Escuche, pues, lo que he pensado: ¿Aceptaría usted meterse en la caja de mi contrabajo y cubrirse con la tapa? Esto la escondería a mi vista...

Diciendo esto, Smichkov sacó el contrabajo del estuche. Por un momento le pareció que al ceder éste profanaba el sagrado arte; pero su vacilación no duró largo tiempo. La beldad se metió, encogiéndose, en el estuche, y el músico anudó las correas, celebrando mucho que la naturaleza le hubiera obsequiado con tanta inteligencia.

–Ahora, señorita, no me ve usted. Siga ahí echada y quédese tranquila. Cuando oscurezca la llevaré a casa de sus padres. El contrabajo volveré a buscarlo más tarde.

Una vez anochecido, Smichkov se echó al hombro el estuche que contenía a la beldad, y cargado con él se dirigió a la casa de campo de Bibulov. Su plan era el siguiente: pasaría primero por la *isba* más próxima para procurarse ropa y proseguiría después su camino...

"No hay mal que por bien no venga –pensaba mientras levantaba el polvo con sus pies desnudos y se doblaba bajo su carga–. Seguramente, por haber intervenido con tanta eficacia en el destino de la princesa Bibulov, seré generosamente recompensado."

–¿Está usted cómoda, señorita? –preguntaba con el tono de un galante caballero que invita a bailar un *quadrille*–. No se preocupe, tenga la bondad, acomódese en mi estuche como si estuviera en su casa.

De repente, se le antojó al galante Smichkov que delante de él y ocultas en las sombras iban dos figuras humanas. Mirando con más detenimiento, se convenció de que no se trataba de una ilusión óptica. Dos figuras caminaban, en efecto, delante de él, llevando unos bultos en la mano.

"¿Serán éstos los ladrones? –pasó por su cabeza–. Parecen llevar algo... Con seguridad, nuestras ropas..."

Y Smichkov, depositando el estuche al borde del camino, salió corriendo en persecución de las figuras.

–¡Alto! –gritaba–. ¡Alto!... ¡Cogedles!

Las figuras volvieron la cabeza, y al notar que las iban persiguiendo echaron a correr... Aún, durante largo rato, escuchó la princesa pasos veloces y el grito de "¡Alto!, ¡alto!..." Por último, todo quedó en silencio.

Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar. Ocurrió, en efecto, que al mismo tiempo y por el mismo camino, se dirigían a la casa de campo de Bibulov los compañeros de Smichkov, el flauta Juchkov y el clarinete Rasmajaikin. Al tropezar con el estuche ambos se miraron asombrados.

–¡El contrabajo! –dijo Juchkov–, ¡Vaya, vaya!... ¡Pero si es el contrabajo de nuestro Smichkov! ¿Cómo ha venido a parar aquí?

–Esto es que a Smichkov le ha ocurrido algo –decidió Rasmajaikin.

–O que se ha emborrachado y le han robado... Sea como sea, no debemos dejar aquí el contrabajo. Nos lo llevaremos.

Juchkov cargó el estuche sobre sus espaldas, y los músicos prosiguieron su camino.

–¡Diablos! ¡Lo que pesa! –gruñía el flauta durante el camino–. ¡Por nada del mundo hubiera consentido yo en tocar en este monstruo! ¡Uf!...

Al llegar a la casa de campo del príncipe Bibulov, los músicos dejaron el estuche en el sitio reservado a la orquesta y se fueron al *buffet*.

En aquella hora ya se habían empezado a encender arañas y brazos de luz.

El novio (el consejero de corte Lakeich), guapo y simpático funcionario del Servicio de Comunicaciones, con las manos metidas en el bolsillo, conversaba en el centro de la habitación con el conde Schkalikov. Hablaban de música.

–En Nápoles, conde –decía Lakeich–, conocí a un violinista que hacía verdaderos milagros. No lo creerá usted, pero con un contrabajo de lo más corriente lograba unos trinos... ¡Algo fantástico!... Tocaba con él los valses de Strauss.

“
Smichkov estaba entregado a la persecución, y seguramente la beldad hubiera permanecido largo tiempo en el campo, al borde del camino, si no hubiera sido por un feliz juego de azar.



–¡Por Dios! –dudó el conde– ¡Eso es imposible!

–¡Se lo aseguro! ¡Y hasta la rapsodia de Liszt!... Yo vivía en la misma fonda que él, y como no tenía nada que hacer, llegué a aprender en el contrabajo la rapsodia de Liszt.

–¿La rapsodia de Liszt?... ¡Hum!... ¿Está usted bromeando?

–¿No lo cree usted? –rió Lakeich–. Pues se lo voy a demostrar ahora mismo. Vamos a la orquesta.

Y el novio y el conde se dirigieron a la orquesta. Se acercaron al contrabajo, desataron rápidamente las correas y... ¡oh espanto!...

Pero ahora, mientras el lector da libertad a la imaginación y se dibuja el final de aquella discusión musical, volvamos a Smichkov... El pobre músico, no habiendo podido alcanzar a los ladrones, volvió al lugar en que había dejado el estuche; pero ya no estaba allí la preciosa carga. Perdido en suposiciones, pasó y repasó varias veces por aquel paraje, y no encontrando el estuche, decidió que había ido a parar a otro camino.

"¡Esto es terrible! –pensaba mesándose los cabellos y preso de un frío interior–. ¡Se asfixiará dentro del estuche! ¡Soy un asesino!..."

Ya había entrado la medianoche y Smichkov continuaba dando vueltas por el camino, buscando el estuche. Por fin volvió a meterse bajo el puentecillo...

"Seguiré buscando cuando amanezca", decidió.

Al amanecer, la búsqueda dio el mismo resultado y Smichkov decidió esperar debajo del puente a que llegara la noche...

"La encontraré –mascullaba, quitándose la chistera y tirándose del pelo–. ¡Aunque tarde un año, la encontraré!..."

Todavía hoy, los campesinos que habitan los lugares descritos cuentan cómo por las noches, junto al puentecillo, puede verse a un hombre desnudo, todo cubierto de pelo y tocado con una chistera. Cuentan también que, a veces, debajo del puente, se oyen roncos sonidos de contrabajo.



* Casa de campesinos.

Noticias biográficas por C.E. Feiling. Selección de textos y fotos por Rodrigo Fresán. De *Historia de un contrabajo*, por Antón Chejov. Se reproduce aquí por gentileza de Editorial Norma.

PALABRA OCULTA

Deduzca la palabra de cinco letras que debe encabezar cada diagrama, a partir de las palabras-pistas que aparecen debajo. Los números indican cuántas letras en común y en la misma posición tiene cada pista con la palabra buscada. (Si hay letras en común, pero en lugar incorrecto, no se tienen en cuenta.) En cada caso, la palabra buscada se forma únicamente con letras que figuran en su correspondiente diagrama. Una vez resueltos los cinco primeros casos, pase las palabras halladas al diagrama F, situándolas en las líneas respectivas, y deduzca finalmente la palabra que debe encabezar ese último diagrama.

A

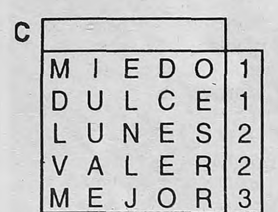
C A L I Z	1
P I S T A	2
V I E J O	2
C A S A R	2
V E N I R	3

B



M O R I R	1
F A L T A	2
T E N A Z	2
S A L I R	2
F E R O Z	3

C



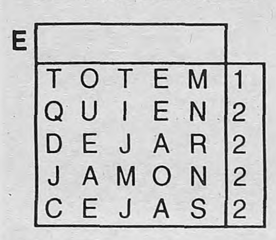
M I E D O	1
D U L C E	1
L U N E S	2
V A L E R	2
M E J O R	3

D



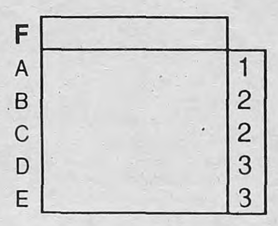
F A R O S	1
F A L A Z	2
A T R O Z	2
V E R D E	2
V E L L O	3

E



T O T E M	1
Q U I E N	2
D E J A R	2
J A M O N	2
C E J A S	2

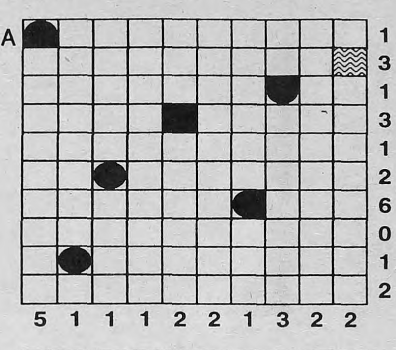
F

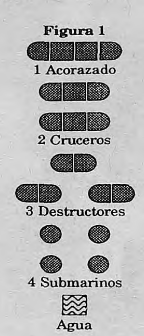


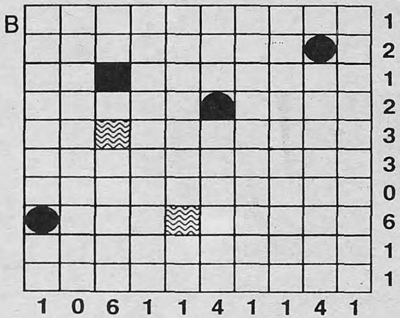
A		1
B		2
C		2
D		3
E		3

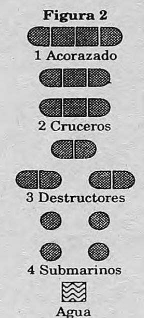
BATALLA NAVAL

En cada tablero hay escondida una flota completa, igual a las que se muestran en las figuras 1 y 2. Sólo se conocen algunos de los cuadros ocupados por la flota, y algunos de los que están invadidos por agua (tal como se indica en el interior de cada tablero. Fíjese que las formas le indican si se trata de una punta de barco, de un submarino completo, etc.). Además, al pie de cada columna y al costado derecho de cada fila, se indica con números cuántos cuadros ocupa la flota en esa columna o hilera. Deduzca, para cada tablero, la situación de la flota. Tenga en cuenta que en todos los cuadros alrededor de cada barco hay agua.









INDOMINO

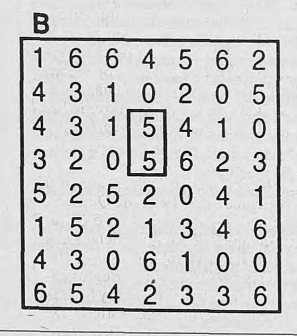
Con las 28 fichas de un juego completo de dominó hicimos los tableros A y B. Los valores de las fichas se escribieron con números en vez de hacerlo con los clásicos puntitos, y faltan casi todas las líneas de separación entre fichas. Deduzca, para cada tablero, dónde está cada una de las 28 fichas. A medida que las vaya determinando, táchelas de la lista que acompaña a cada tablero. (El juego se resuelve por búsqueda sistemática y atajos sagaces. Si, por ejemplo, 3 y 5 son vecinos en un único sitio del tablero, allí tendrá determinada la ficha 3-5. Si hay varias colocaciones posibles para una ficha, su determinación se hará como consecuencia de otros hallazgos.)

A

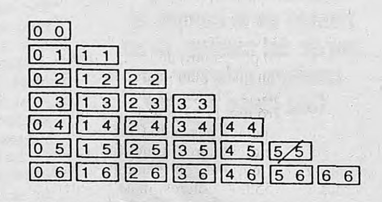
2	0	2	5	3	6	5
1	1	0	4	3	2	0
5	2	3	4	1	3	4
0	4	6	1	1	6	6
6	5	5	4	0	5	1
4	0	2	2	3	0	6
6	3	6	3	4	0	3
4	5	2	5	1	2	1

0 0
0 1 · 1 1
0 2 · 1 2 · 2 2
0 3 · 1 3 · 2 3 · 3 3
0 4 · 1 4 · 2 4 · 3 4 · 4 4
0 5 · 1 5 · 2 5 · 3 5 · 4 5 · ~~5 5~~
0 6 · 1 6 · 2 6 · 3 6 · 4 6 · 5 6 · 6 6

B

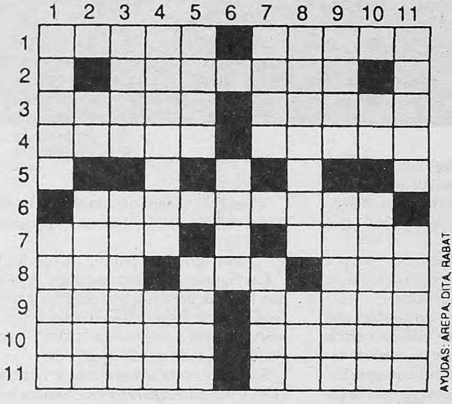


1	6	6	4	5	6	2
4	3	1	0	2	0	5
4	3	1	5	4	1	0
3	2	0	5	6	2	3
5	2	5	2	0	4	1
1	5	2	1	3	4	6
4	3	0	6	1	0	0
6	5	4	2	3	3	6



0 0
0 1 · 1 1
0 2 · 1 2 · 2 2
0 3 · 1 3 · 2 3 · 3 3
0 4 · 1 4 · 2 4 · 3 4 · 4 4
0 5 · 1 5 · 2 5 · 3 5 · 4 5 · ~~5 5~~
0 6 · 1 6 · 2 6 · 3 6 · 4 6 · 5 6 · 6 6

CRUCIGRAMA



AYUDAS: AREPA, DITA, RABAT

HORIZONTALES

1. Lance del ajedrez en que no puede defenderse el rey (pl.)./ (Alain) Actor francés.
2. De autor desconocido (fem.).
3. Capital de Marruecos./ Emblema protector de las tribus.
4. Relativo al oso (fem.)./ Insecto transmisor de la sarna.
6. Suplica a las autoridades.
7. Antiguo dios romano, inventor de la navegación./ Capa de agua subterránea.
8. Adorno en forma de huevo./ Yunque de los plateros./ Onomatopeya de ciertos golpes.
9. Hacer telas./ Que profesa la amistad (fem.).
10. Torta americana de maíz./ Cantante de ópera destacada (pl.).
11. Desabridas, sin gusto./ Atrevido.

VERTICALES

1. Que mira demasiado./ Plural de consonante.
2. Símbolo del arsénico./ Criador de pavos.
3. Prohibición sagrada./ Causes enojo.
4. De baja estatura (diminutivo)./ Interjección: sorpresa.
5. El diez en la baraja española./ Preposición: después de.
6. Relación escrita de lo tratado en una junta.
7. Arbol de las Filipinas./ Isla de Japón.
8. Pasión, movimiento del alma./ Adjetivo posesivo (pl.).
9. Envase de hojalata./ Natural de un lugar (fem.).
10. Símbolo del erbio./ Extinguid el fuego.
11. Gnomos./ Quizá, tal vez.

Soluciones del número anterior

CUBILETE

6	4	6	4	6
5	2	1	3	4
5	3	4	1	6
3	6	2	5	4
6	5	5	2	6

CRUCIGRAMA CON PISTAS

T	R	A	J	I	N
R	E	T	O	M	A
O	P	E	R	A	D
T	I	Z	O	N	A
A	C	A	B	A	R
R	A	S	A	R	A

NUMERO OCULTO

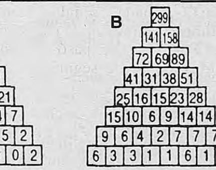
A. 3107.
B. 1843.
C. 7542.
D. 3041.

PIRAMIDES NUMERICAS

A

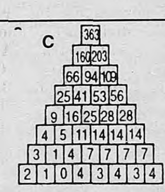
396
182 214
77 105 109
30 47 58 51
11 19 28 30 21
4 7 12 16 14 7
2 2 5 7 9 5 2
2 0 2 3 4 5 0 2

B



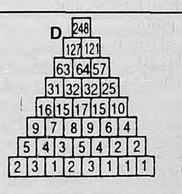
299
141 158
72 69 89
41 31 38 51
25 16 15 23 28
15 10 6 9 14 14
9 6 4 2 7 7 7
6 3 3 1 1 6 1 6

C



363
160 203
66 94 109
25 41 53 56
9 16 25 28 28
4 5 11 14 14 14
3 1 4 7 7 7 7
2 1 0 4 3 4 3 4

D



248
127 121
63 64 57
31 32 32 25
16 15 17 15 10
9 7 8 9 6 4
5 4 3 5 4 2 2
2 3 1 2 3 1 1 1